

Conversatorios de Espacio Analítico Mexicano, 20 de agosto 2021

“YO TAMBIÉN SOY ALCOHÓLICA” CLÍNICA DE LA MEDIACIÓN EDUCATIVA RÉGINE BLANES MIRÓ



«Si perdiera mi tierra, yo no valdría ya nada» : como Albert Camus, mi padre perdió su tierra. Tierra de Argelia, que amaba arar en surcos con gestos de amor, y en donde la viña crecía al sol. Esta tierra, primero la perdió en 1945, al volver de la guerra; se resignó a construir presas, a trabajar en fábricas: era hombre de pocas palabras.

Después, se metió en caballería; volvía a casa con el polvo de las montañas que había recorrido durante sus días de ausencia. Me enseñó a querer su tierra.

Cuando la perdió por segunda vez, en 1962, se volvió todavía más silencioso.

Nace en Argelia en 1952 y vive allí toda su infancia durante la guerra, hasta el exilio de 1962 en que se instala en Francia, en la región de Dordogne. Tras sus estudios de bachillerato, ingresa en la Escuela Normal Social de París en donde obtiene un diploma de Asistente social y, poco después, una licenciatura en sociología que no termina al no escribir la tesis. Tras un breve empleo en el hospital general San Andrés de Burdeos y un año en el hospital de día "Lapomme bleue" que dirige el Profesor Lafforgue, integra en 1975, los equipos de "medio abierto" de la asociación OREAG en donde trabajará hasta 2017, durante 42 años. En 1974 comienza su análisis que culminará en 1983. Su trabajo en medio abierto se sitúa por una parte en la asistencia pública y por otra al servicio del tribunal de menores. En 2017, tras su jubilación, obtiene el diploma de estado de mediadora familiar que ejerce durante dos años. Insatisfecha con esta actividad, se matricula para realizar estudios de modista, obteniendo el diploma profesional en 2019.

Mi madre vivió su vida sumida en miedo e ignorancia; trató de inventar amor, por caminos que desconocía. Pero vivió en un país y en un tiempo en donde, como lo escribe Camus : « a los hombres les importaba, como a todos los mediterráneos, la blancura de la camisa y el pantalón bien planchado, y les parecía normal que ese trabajo de cuidado incesante, dado lo pobre del guardarropa, se añadiera al trabajo de las mujeres, madres o esposas. » Y si soñó con otra vida, menos entregada, solo lo soñó un instante, pues la necesidad acabó con sus veleidades, y mi nacimiento selló la renuncia a su deseo.

Intenté aceptar su herencia, convertirme en una mujer libre, sin ley, por amor por ella, para vivir en mi carne su deseo no realizado, pero busqué tanto y tanto las palabras que mi padre sembró en aquella tierra de Argelia, que terminé abriendo un surco para forjar una vida diferente. Encontré palabras que fueran mías, renuncié a la transgresión y acepté la ley de un hombre. Este trayecto atravesó mi clínica.

Mi aventura profesional comenzó en la *Escuela Normal Social de París*, en donde hice la carrera de asistente social.

Era poco después de 1968, y la enseñanza en mi escuela se empezaba a diferenciar de los estudios de enfermera, pero el estudio de ciertas prácticas médicas seguía siendo obligatorio. No se trataba verdaderamente de cuidar de los cuerpos, pero nuestra manera de cuidar de las almas, tenía un no sé qué que recordaba el *furor sanandi*, del que nos habla Ignacio Gárate en su libro « Guérir ou désirer... » (¿Curar o desear ?) :



Me habían enseñado a ponerme al servicio de una especie de voluntad de curación social con tintes de psicología.

Pero además, en lo que se refiere a la práctica, yo distaba mucho de poderme plantear la cuestión en estos términos. Me encontraba a gusto en el silencio de los cuerpos y fueron los enfermos con los que me topé en los servicios de medicina del Hospital San Andrés de Burdeos —en donde ocupé mi primer puesto— los que me enseñaron el por qué yo me encontraba allí. En aquellos tiempos, a los pacientes se les designaba por el nombre de su enfermedad, o por su número de cama. Mi primer empeño fue que se pudiese escuchar su voz, sempiternamente sometida al poder médico y a sus exigencias.

Recorría pasillos interminables de servicio en servicio, me presentaba a los pacientes, me sentaba con ellos, y si les apetecía hablar me quedaba un rato. Los médicos no terminaban de entender la razón de esta presencia mía.

Mi primer «combate» acaeció en un servicio de cirugía.

El periódico regional *Sud-Ouest* había publicado en primera plana la foto del Señor Manquera al que le acababan de transplantar una mano. Era una novedad en Burdeos, y el cirujano había conseguido con ella honores y presupuestos para su servicio.

Al cabo de un año de hospitalización, el Señor Manquera era dado de alta y descubría al marchar que su única posesión, su casa y sus tierras de labranza, le habían sido hipotecadas para pagar los gastos de hospitalización. Me llamó llorando, quería que se le devolviera su casa, sus campos, y le importaba un bledo su mano, inútil para trabajar la tierra.

Me fui a ver al cirujano, con la idea de que le importaría la suerte de este paciente que tanta gloria le había brindado; le sugerí que parte de los presupuestos obtenidos gracias a su operación, sirviesen para pagar la factura del hospital; se me rió en las narices, sintiéndose ultrajado por mi insolencia. Frente a la desesperación ante la que se encontraba este hombre cada día, no tuve el valor de abandonar; Informé al servicio de que iba a apelar a una radio local y al periódico *Sud-Ouest* para encontrar los fondos necesarios. La factura del Señor Manquera fue regularizada de inmediato.

Tras este episodio, muchos servicios del hospital me miraban con desconfianza.

Proseguí, a pesar de la hostilidad, pero sin darme bien cuenta empezaba a

« andar con pies de plomo». Me encontraba en una posición ambigua: la estructura del hospital querría que me pusiese al servicio de los médicos, que encontrase clínicas de convalecencia para los pacientes dados de alta, para « desocupar camas de hospital». Yo me identificaba con el sufrimiento social de los pacientes y quería obligar a los médicos a tenerlo en cuenta. De ese modo transgredía mi mandato, y me auto designaba como defensora del débil frente a la injusticia de los fuertes. Pero a pesar de esto, no había nada en mis actos que permitiera una toma de conciencia o la integración de mi proyecto en el suyo, al contrario, me alejaba de aquellos con los que tenía que formar equipo.

Algunas veces bajaba a la farmacia, en donde robaba medicinas con la complicidad de Santiago, para los abortos clandestinos de la noche, en el marco del MLAC (Movimiento para la Liberación del Aborto y la Contracepción, 1973-1975). Más allá del militantismo, lo que me gustaba era la delicadeza, incluso la ternura de los intercambios de las mujeres que venían, en el silencioso ambiente de los apartamentos.

Este compromiso me permitía soportar el aislamiento en el que me encontraba en el hospital.

Unos meses después, Cuando recurrió a mi, el Señor Calleja no sabía que me iba a ayudar a dejar el hospital. Vivía en la calle, y se desplazaba con mucha dificultad a causa de una escayola que le subía hasta lo alto del muslo. Estaba a punto de ser «dado de alta», como decían los médicos, pero una vez fuera se tenía que ir al asilo de vagabundos, del callejón *Leydet* de Burdeos, de donde los echaban todas las mañanas a las 7, y quedarse sentado en un banco hasta la noche.

A pesar de todas mis gestiones, había que esperar cuatro días para obtener una cama en una clínica de convalecencia. El servicio que le había dado de alta hacía oídos sordos, se hacía el desentendido, y el interno responsable de las admisiones aquel día, tampoco quería saber nada. Acompañé al señor Calleja hasta el hall de las admisiones, sentada a su lado, en mitad de la sala, le expliqué al interno que nos íbamos a quedar allí hasta que encontrase una solución. Pasaron muchas horas, la collera del médico, crecía y crecía después de apelar a su jerarquía y a la mía, sin conseguir que nos marchásemos.

Al final se dirigió al Doctor Del Río, un endocrinólogo, el único que me acogía realmente en su servicio, y que se prestó a encontrar una cama.

Al intentar definir mi posición en aquella época, para poder redactar este

trabajo, pensé que mi lucha había sido un « cuerpo a cuerpo» contra el cuerpo médico, pero la expresión no me acaba de satisfacer: la dejé así, plantada en el papel, pensando que al día siguiente encontraría algo mejor.

Durante la noche siguiente soñé que defendía a un hombre que quería testimoniar contra la *mafia*, como si de una película se tratase; había *snippers* por todas partes, sin ningún sitio para esconderse, y yo preguntándome por qué hacía eso, estando segura de que me iban a matar, puesto que le hacía una muralla con mi propio cuerpo. Llegué a la conclusión de que era lo único que sabía hacer.

Al día siguiente, al recordar mi sueño, pensé que la expresión que buscaba era « a pesar o a costa de mi propio cuerpo ».

Para sostener la voz de los pacientes, me comprometía como si mi propia vida estuviese en juego, convirtiéndome unas veces en bala de cañón para abrir brechas, otras en escudo para proteger la integridad de sus cuerpos; como si el mío no contase.

Esta posición me condujo a hablar en su lugar, y si conseguí ayudar a que algunos recobrasen su dignidad, taponé al mismo tiempo la posibilidad de su propia palabra con la muralla de mi propio cuerpo.

Siempre a costa de mi propio cuerpo, bala o escudo, engordé dieciséis kilos en un año.

Decidí comenzar un análisis y dimitir de mi puesto de trabajo.

Dejé el MLAC y me inscribí en el Movimiento de Liberación de la Mujer, en la tendencia « Psicoanálisis y Política ».



En mi análisis encontraba en las palabras, entre las palabras, parcelas de verdades que, a penas entrevistas desaparecían, se me escapaban, me llevaban a lugares a menudo inesperados, y estaba sedienta de ese saber no sabiendo. Era como romper con la ignorancia, y perseguía apasionadamente esos destellos de verdad.

En ese contexto empezó mi trabajo en un servicio de *Acción Educativa en Medio Abierto* (AEMO). Este servicio recibía a personas en infracción con la *ley de protección de la infancia en peligro* (1945), sancionadas por el juez de menores con una medida de *seguimiento educativo en medio abierto*, es decir sin suspensión de la *patria potestad*, a condición de aceptar un proyecto de cambio acompañados por uno de los profesionales de mi servicio.

En este equipo, en mitad de los años 70, el psicoanálisis era una referencia común; trabajaba con un psicólogo que, como yo y otros colegas, « estaba en análisis » desde hacía mucho tiempo y, a causa de eso, merecía toda mi confianza.

Me había impactado el encuentro con Gerardo; un muchacho de trece años que vivía con su madre y su hermanita, en un ambiente extraño y negro, en un apartamento de ventanas selladas, lleno de cajas, con una etiqueta que decía lo que había dentro. La madre estaba invadida por el miedo a su marido aterrorizada por el temor de que entrase por sorpresa en la casa, para dejar un veneno mortal que les destruiría. Gerardo, que no iba a la escuela, inquietaba mucho a los miembros del equipo, que decían « que solo hablaba a través de las palabras de su madre »... Yo, muy sensible a las palabras como a las bellas expresiones, estaba encantada con la calidad

de las tuyas.

Le hablaba de ello con frecuencia al psicólogo, pues sentía dificultades para ayudarlo a separarse de su madre, siguiendo el dictamen del equipo, que la vivía como una mujer peligrosa para la salud mental de su hijo; No sabía qué hacer. Paralizada por la idea de que sus palabras no le pertenecían, no escuchaba nada de lo que decía, borrando sus palabras de mi mente, como si el hecho de que él quien las pronunciaba no contase. Hasta tal punto que un día, Gerardo puso en el coche una *cassette* en la que se oía la voz de su madre de fondo, poniendo en evidencia que incluso con las mismas palabras estábamos en presencia de dos voces.

Estaba muy molesta, y esperaba mucho de la ayuda del psicólogo, que me dijo brutalmente una mañana mientras le estaba hablando de Gerardo, que con la blusa que llevaba aquel día, « *excitaba la miseria sexual de los adolescentes* ». Me marché muy perturbada por sus palabras; al día siguiente, destruí accidentalmente en la lavadora, la blusa blanca, ligeramente transparente, que llevaba la víspera, luego soñé que « *iba a pescar* » al río con aquel muchacho.

Durante la visita siguiente, mientras esperábamos ante un semáforo en rojo, Gerardo se bajó del coche dando un portazo y diciendo « *¡Usted no entiende nada!* »

El portazo me recordó la intervención del psicólogo, que me había sonado como una bofetada.

Sin embargo, su fórmula y su juicio hablaban de él, mucho más que de una realidad respecto de mis deseos sexuales o de la miseria supuesta del adolescente; es lo que había conseguido decirme en mi análisis. La idea de desear seducir sexualmente a ese muchacho me resultaba tan extraña, que se me hacía intolerable y me llevaba a rechazar la totalidad de las palabras del psicólogo, incapaz de reconocer la parte de verdad que podían eventualmente contener.

Poco tiempo después, Cuando evocaba este incidente y mi sueño, alguien con quien hablaba de mi trabajo y con quien comparto mi vida me dijo: « *Lo más a menudo se dice “ir de pesca”, y sin embargo acabas de decir “soñé que iba a pescar con Gerardo”* ».

Me di cuenta en ese momento que había integrado en el sueño, las palabras culpabilizadoras del psicólogo, pues la noción de “pecado” no formaba parte de mi educación moral agnóstica que, por el contrario, era de fundamental importancia en la mía.

Esta intervención sobre la polisemia de “pecar” y “pe(s)car”, que en el idioma francés no lleva la « s », y el equívoco que introducía, me permitió establecer otra separación, tras la de la diferencia de los cuerpos efectuada en el hospital: la de la

diferencia de las voces que se había suprimido, lo mismo que entre Gerardo y su madre, cuando las palabras del psicólogo se superpusieron a las mías. Incluso cuando se comparte una referencia común, dos pueden andar juntos sin necesidad de mezclarse. Empecé a comprender también hasta qué punto, a veces, en su deseo de dominar, la institución repite el síntoma que pretende analizar o disolver.

En el momento en que la cuestión de la sexualidad dejó de situarse en el plano de la moral, pude escuchar la parte de seducción que había en mi relación educativa, lo que me permitió por consiguiente, ponerla en su lugar: me pude decir que lo que me seducía eran las frases brillantes que el muchacho pronunciaba para mí.

Seguí viendo a Gerardo y le escuché, ejerciendo también mi deber de palabra.

La distancia necesaria entre dos voces, que percibí al comenzar mi práctica en AEMO puede surgir a veces de manera inesperada. Así ocurrió en otra secuencia clínica recogida por Ignacio Gárate bajo el epígrafe « *Una mujer en Neuvić* ».

Es poco habitual atreverse a despertar a alguien a las 5 de la mañana porque la inquietud de una situación por resolver le impide a uno volverse a dormir. El otro, en ese momento, solo tiene un deseo: que se le deje dormir en paz.

Por eso tuve que hablar corto y sencillo, ir al grano: No tenía valor para irme sola, al día siguiente por la mañana a la cárcel de *Neuvić*, en donde un padre, ladrón de bicicletas, esperaba, desde hacía más de un mes, la visita de su hija; no me atrevía a explicarle que la víspera, a las seis de la tarde, la madre había cambiado de opinión y se oponía a ella.

El otro, que me escuchaba, no estaba del todo presente; me respondió sin darle mucha importancia y con cierta brusquedad: « *No es una palabra verdadera, habla la angustia, no hay que tenerla en cuenta, ir a buscar a la niña, y si la madre no la quiere confiar, decirle que un día su hija le pasará la cuenta por haberla privado de su padre.* »



Al día siguiente, un poco antes de las 8, tocaba el timbre en casa de la madre, que me había dicho la víspera que era inútil que viniese. No se extrañó al verme, coincidiendo con la extraña profecía del durmiente, me dijo que sabía que era yo, pues a eso de las seis de la mañana se había despertado pensando que vendría a pesar de todo.

Me explicó una vez más el por qué no quería permitir la visita, le dije: « *SU HIJA LE AGRADECERÁ UN DÍA POR HABERLE DADO UN PADRE.* »

Las palabras que me vinieron esta vez, me pertenecían y se inscribían en el marco de la relación de transferencia entre esa madre y yo, sin estar parasitadas por la voz del durmiente, porque había dejado lugar para ello : el que me había respondido, colocado por mí en posición de « otro », no había temido decirme lo que « había que hacer », pero me lo dijo en dos tiempos, « ir » y « decir » : « *un día suhija le pasará la cuenta por haberla privado de su padre* ». El primer tiempo para el acto, el segundo para calmar mi angustia. Todo ello con la distancia necesaria para conseguir una escucha flotante o suspendida: no había duda alguna de que lo que él quería era dormirse de nuevo y lo más pronto posible, distancia y destitución del deseo propio. Porque el acto de *decir* solo me pertenecía a mí.

En la época de esta visita a *Neuvic*, había terminado mi análisis; podía « *amar y trabajar* » ; « *advertida sobre mi deseo* », había renunciado a un “yo” a costa del dolor de un “sujeto encarnado”, o sea, a ese « a costa de mi propio cuerpo » que me sirvió al principio de defensa y de engorde. Había renunciado a buscar las palabras

sepultadas en la tierra para darle un poco más de peso a mis propias palabras.

De este modo, habiendo pagado mi deuda, Cuando se me planteó la cuestión de hacerme psicoanalista, supe que lo que yo deseaba era que algo diferente se pudiese efectuar en las vidas de aquellos que están amordazados por el cuerpo de la sociedad. Quería participar en que cada ser consiga realizar « *su valor de milagro*» (según dice Albert Camus), y me sentía dispuesta a borrar me de mi misma, a mantenerme abierta al deseo inconsciente. Pero creo que no deseaba hacerlo en posición de analista sino en contacto con un vínculo social que simbolizaba para mi la reivindicación de una « tierra por venir », un « suelo », el calor de una casa o de un abrigo ; me importaba preservar un espacio de mediación que interviniera en la realidad concreta de los seres desolados.

Aunque estaba segura de esto, no me parecía posible renunciar a la parte de verdad que había encontrado en el análisis; por el contrario, pensé que podía *instaurar en el ejercicio de la mediación social, un lugar para la clínica de la transferencia que pusiera en juego el deseo inconsciente.*

Para que fuese posible, incluso manteniéndome lo más cerca posible de la realidad de las personas con quienes trabajaba; tenía que tener una enorme exigencia para no confundir « realidad » y « verdad ». Dar me cuenta de que algo con *semblanza* de mentira podía llevar dentro una promesa de verdad que quedaba por decir y situar, entre verdad y mentira, una “clínica de la mediación educativa”.

Esta clínica exigía que renunciara también a pedirle al otro, usuario o colega, una verdad que correspondiese a mis expectativas, o a mis ideas sobre el bien social, que renunciara a situarme, en la relación de palabra, a la espera de una verdad, como quien solicita una confesión.

A partir de aquel momento, decidí apropiarme, cuando me sentía implicada, de todas las preguntas que surgían en nuestro grupo de trabajo, por considerar que me incumbía separarlas de su propio contenido, a veces demasiado personal, interpretativo o ideológico. Quise tenerlas en cuenta sin someterme a ellas, para preservar un discurso de verdad sobre sí mismo, con el compromiso necesario con la palabra de cada uno, en un trabajo en donde el riesgo se manifiesta a menudo bajo la forma de pasos al acto.

Resultó ser un camino difícil.

Habían pasado más de veinte años y nuestro equipo se había renovado ampliamente. Una nueva psicóloga trabajaba con nosotros y me gustaba aprovechar

su posición un poco a parte, sin confundir sus opiniones y las mías, intentando situar su palabra del mismo lado que la que antaño me había ayudado con el profeta dormido.

El Juez de Menores le había dicho en audiencia al Señor Corteza que tenía que « *elaborar su posición de padre* » con la persona referente de los servicios sociales de la provincia, que se ocupaba de su hija.

Respondió que estaba de acuerdo para hacerlo, pero que prefería conmigo puesto que yo era responsable de la medida de AEMO con sus hijas.

No sabía muy bien a lo que se comprometía, pero se comprometía.

Tenía dos hijas, la una en un internado de los servicios sociales provinciales la otra no, pero las dos acostumbraban a exigirle que las llevase en brazos cada vez que se veían.

Si se oponía, gritaban, lloraban, de tal modo que siempre acababa cediendo; y sin embargo decía que no podía más. Le dimos vueltas durante varios meses. Y cuando se agotó la interrogación, me puse a seguir el hilo de su discurso, pero con la sensación de no lograr abrir brecha, que no había modo de romper con su servidumbre voluntaria.

Otras cosas si que cambiaban: se había puesto a construir maquetas de avión que su hija pequeña pintaba; era una actividad delicada y minuciosa que abría una brecha en el desorden del ambiente y en la decoración descuidada.

Un día, cuando me hablaba de lo que había sido su relación con sus padres y sus hermanos, le pregunté si sus hijas les conocían, si tenía fotos de ellos en casa. Poco tiempo después, me enseñó una placa grande de corcho que había comprado para exponer sus fotos de familia.

Un día, al llegar a su casa, me le encuentro ocupado recortando corcho y me cuenta que está fabricando un rompecabezas, con formas de animales que su hija tendrá que insertar en los agujeros previstos para cada una de ellas.

La vez siguiente, me enseña el rompecabezas terminado e insiste para que note que ha fabricado unas muescas especiales en cada recorte, para que su hija pueda sacar las formas de animales sin dificultad; parece orgulloso de su trabajo y me dice que el resto de la placa servirá para colocar fotos.

Llega por fin el día de la reunión, y expreso mi incompreensión ante la relación que se ha ido instalando en los momentos de salir de paseo con las hijas, y también la impresión de no saber a dónde nos llevan nuestras entrevistas.

La psicóloga me ayuda a hablar de ello, haciéndome preguntas, como lo había

hecho en otra ocasión seis meses antes, pero esta vez me propone, para solucionar el problema evocado, que sugiera una solución concreta que acaso pueda funcionar. Me siento molesta y le digo que no creo en las « recetas », pero insiste; acabo pensando ¿Y por qué no? La idea era que le dijese que tenía que marcar una fecha límite, el cumpleaños de una de sus hijas por ejemplo, fecha a partir de la cuál dejarían de auparse en brazos de su padre.

Volví a ver al padre con esta idea. Charlamos de cosas diversas, y fui yo quien acabé preguntándole cómo andaba con su problema, y me contestó: « ¡Ah, pero eso ya se terminó! ». Nos echamos a reír, yo porque la cosa hacía gracia, pero sobre todo porque me tranquilizaba al no tener que liarme en ese asunto de fechas y de recetas educativas; él, no sé muy bien por qué se reía; tampoco sé cómo pasamos de la brecha que yo desesperaba de poder abrir en su discurso, a las muescas y recortes en la superficie del corcho y que parecía que habían funcionado como vínculo y límite al mismo tiempo.

Lo que quedó de esta verdad enigmática son las fotos de familia y los dibujos infantiles pegados en una plancha de corcho; las maquetas de aviones multicolores posadas en el único mueble que no está cojo, y un hombre que se pasea de la mano de sus hijas, cuya genealogía ya está inscrita en las paredes del hogar.

Es difícil saber cómo ocurren las cosas; cómo se encuentra una palabra, un silencio oportuno, en el momento idóneo, no hay posibilidad de prever lo inesperado, ni cartografía precisa para recorrer el camino de una relación despojada del deseo de ser reconocida...

Las cosas pasan y las tenemos que constatar con posterioridad, es la ley de la clínica, nunca se sabe antes de arriesgarse al encuentro inesperado.

Me habían confiado el caso de una señora de la que todo el mundo decía que era “retrasada”, y acaso lo fuese, yo no lo sé. La iba a ver siguiendo el protocolo previsto en las medidas dictadas por el juez de menores (mínimo cada quince días) y no conseguía que saliera de los monosílabos, entrecortados por largos silencios que me incomodaban sobremanera. Así pasó bastante tiempo y no conseguía salir de este atolladero.



Maud Mannoni solía, por aquel entonces, llamar a mi marido todos los domingos por la tarde, después de su serie predilecta, *Derrick* (una policiaca alemana aburridísima). Uno de estos domingos, estaba yo en su consultorio cuando llamó; mientras conversaban, yo dejaba vagar perezosamente mi mirada por las filas de libros de la biblioteca. Entre los libros de Maud Mannoni, que venían en orden, justo antes de los de su marido Octave, me detuvo uno titulado “l’enfant arriéré etsa mère” (el niño retrasado y su madre), me interesó y me lo puse a leer sin finalidad precisa.

Poco tiempo después, tuve de nuevo un encuentro con esta señora monosilábica. No sé bien lo que pasó, pero esta vez le pregunté algo, y esperé tranquilamente su respuesta, sin la tensión desesperanzada que solía presidir a estos encuentros. Se instaló el silencio y, al cabo de un buen momento, escuché el borboteo de una cazuela hirviendo:

—“hay algo que está hirviendo”, le dije.

—“sí”, me respondió, “soy yo la que hierva”, y se puso a hablar conmigo como nunca hasta entonces, de su marido que le prohibía hacer las cuentas, cosa que le gustaba, de su hijo que la maltrataba, etc. etc. Había empezado nuestra relación, y me pregunté durante mucho tiempo, qué es lo que había ocurrido, cómo se había

desatascado la relación.

Hoy, al revisar mi intervención, más de veinte años después, se me ocurre que lo que había cambiado radicalmente era yo: había aceptado que se retrasara, que retrasara su respuesta a mis preguntas, que se mantuviese en silencio, y mi silencio *desangustiado*, permitió que escuchase el borboteo de su hervir, conscientemente, la cazuela, pero seguro que el suyo también aunque desde otro lugar.

Al leer el libro de Mannoni se me presentó una idea diferente del retraso, algo que tenía que ver con el encuentro fallido: Mannoni me decía que el retrasado lo es porque alguien le está esperando y requiriendo que avance, allí donde él, camina a su ritmo sea cual sea... La urgencia del otro designa su retraso.

Saber esperar es lo más difícil, primero porque nos sentimos inútiles, como si perdiésemos algo, y ese saber perder es lo que instaura un espacio para que el otro se encuentre: al vaciarnos de esperanza abrimos un espacio para la suya.

Pero, a veces, se suma a nuestra angustia de esperar, una urgencia en la realidad que nos obliga, nos urge:

El Señor Marrullera, cuya hija fue descubierta con las nalgas cubiertas de moratones, me respondió cuando le pregunté qué había pasado: « *se da golpes con los maderos de la cama, se pasa la noche dándose golpes.* »

« *Me preocupa lo que me dice, le contesté, porque como no tengo ni idea de lo que le pasa, no se me ocurre cómo ayudarla. Pero esto me recuerda que le quería contar lo que pasó la última vez que fui de paseo con sus hijos, porque tuve dificultades con ella: se encerró de pronto en un silencio tan determinado, tan obtuso, que al cabo de un rato ya no sabía qué decirle, y sentí que se me acababa la paciencia; la tuve que dejar sola en el banco e irme a jugar con su hermano y su hermana para poder tranquilizarme, respirar, y me preguntaba si con usted pasaba lo mismo, si usted también se encontraba a veces en esta situación. Nunca me ha contado sus dificultades con ella, y me parece que solo la vamos a poder ayudar a partir de nuestra propias dificultades.* »

El Señor Marrullera habló largo rato, de sí mismo, de su desesperación de tener que recurrir a los azotes en las nalgas, todos los días, al cabo de la paciencia.

Creo que el haber conseguido evitar el interrogatorio inquisitivo abrió, a partir del relato de mis propias dificultades, a que se pudiesen reconocer las suyas.

Entre verdad y mentira, la cuestión de la confesión se plantea a menudo en el marco de estas mediaciones educativas y particularmente, por no decir sistemáticamente, cuando se trata de personas alcohólicas de las que se espera que reconozcan su dependencia.

Tal era el caso de la Señora Secante, que había crecido en el Mediodía de Francia, lo que siempre me recordaba con su cálida sonrisa; no había viajado nunca realmente, y sin embargo pretendía que su familia era « nómada» como la de su marido; también les contaba sin temor a sus hijos que había dejado a su familia para seguir a su marido, porque estaba muy enamorada de él. Juntos habían tenido unahija y un hijo y muchos días de fiesta; hasta el día en que Santiago, el hijo mimado cayó gravemente enfermo, abandonaron la embriaguez de la fiesta y empezaron a beber en honor de la desgracia.

Santiago, su hijo, me confía a menudo su dolor durante nuestras entrevistas, su desesperación frente a esos padres que tanto quiere, pero que beben desde hace mucho tiempo.

Recuerda complacido los días de fiesta, cuando conducía el coche para llevarles de retorno a casa con los pies que a penas alcanzaban los pedales del auto porque no tenía más que ocho años. Y sin embargo hoy les guarda rencor a cause de las riñas que surgen las noches en que han bebido demasiado.

Le cuesta bastante aceptar las reglas y las prohibiciones.

Le han expulsado de todos los colegios de la región, en general al cabo de pocos meses, y la última vez, el día que empezaban las clases, a las dos horas de comenzar.

Lleva tres años sin ir a la escuela, o solo de forma intermitente: tiene quince años.

Tenía doce cuando le conocí, y me costó varios meses empezar las entrevistas con él en su casa, pues insultaba a sus padres; le tenía que hablar, calmarle, o incluso pedirle que saliera de la habitación.

Solo una persona le agradaba, su hermana mayor, que tenía por costumbre leerle cuentos por la noche desde que era pequeño. Gracias a ella Santiago aprendió

a fiarse de mi, con una especie de admiración sin límites, que me transformaba en una especie de *Yo ideal* al que le tenía el mayor de los respetos.

Con la hermana, yo había pasado mucho tiempo al principio, hablando con ella del otro lado de la puerta de su habitación, en la que se quedaba encerrada sin querer salir. Y luego, poco a poco, salió y pudimos hablar de la lectura, de la escritura, y consiguió empezar una formación, encontrar un trabajo y, sobre todo, cosa que parecía imposible, dejar a su familia para irse a vivir sola.

Santiago no se molesta en tener modales cuando habla conmigo, y cuando a veces comete algún delito, me lo cuenta con la misma cruda libertad que cuando me dice lo mucho que quiere a sus padres.

Así pues, un día que fui a casa del Señor y de la Señora Secante, se me esperaba, pero había cierta tensión en la atmósfera, entre Santiago y su madre; me saludó y se marchó a su habitación.

Como la Señora Secante no me decía nada de lo que había podido crear aquella tensión, me interesé por lo que había hecho desde nuestro último encuentro, « leer » me dijo, pero: « *ya no me gusta tanto como antes.* »

« *¿Por qué?»* »

« *Porque lo que me gustaba era poder contar las historias que había leído, a mi amiga por ejemplo, pero ahora me acuerdo de la historia en la cabeza, pero no la consigo sacar fuera.* »

« *¿Ha intentado saber si esto tenía algo que ver con su operación?* »

La Señora Secante había sido operada algunos años antes de un tumor en el cerebro.

« *no, acaso sea psicológico también, las cosas son así, un problema más.* »

Le respondí que lo que me parecía un problema era su renuncia al placer, antes de saber si tenía solución. Entra entonces en la habitación el Señor Secante; es un hombre con el rostro marcado de arrugas, relieve de sus muchos sufrimientos. Me volví hacia él con un sobrio: « *buenos días, ¿Cómo esta usted?* », como una toma de contacto sin mayor compromiso, a la que me respondió con el mismo tono : « *Hola, muy bien, gracias.* »

En ese momento la Señora Secante le interpela diciendo: « *¿Cómo puedes decir que « estás bien » después de la bronca que tuvimos anoche?* »

No me dio tiempo a saber lo que pensaba responder, pues Santiago gritó: « *Si, riñeron porque habían bebido otra vez, ¿Usted sabe que mis padres son alcohólicos?* »

Sus dos cuerpos acusaron el golpe, como el Louis Lambert de Balzac, « *por todos los puntos en donde el dolor conecta con el alma y con la carne*», parecían rotos por la humillación, y yo podía sentir el desprecio con el que Santiago les consideraba, más fuerte aún al pensar en la admiración que sentía por mí.

Rompí el silencio como si me escuchase decir a mi misma: « *Y yo también soy una alcohólica, aunque no beba*»

Se volvieron los tres hacia mí, el Señor y la Señora Secante se enderezaron; Santiago me miraba a los ojos, sin cólera ya en la mirada; experimentábamos los cuatro una especie de apaciguamiento, y la calidad del silencio que quedó, parecía diferente; preservaba todo el peso de las palabras que acababan de ser pronunciadas. Nos dábamos tiempo, juntos.

Al final Santiago me preguntó con voz muy suave: « *¿Entonces, a qué se debe que uno vuelva a beber?* »

Le respondió su madre con mucha serenidad, expresando las dificultades de la desintoxicación, y su padre también, hablando mucho más de lo que solía. Evocaron al psiquiatra que habían ido a ver los dos, durante algunos meses, en un intento de acabar con su dependencia, cosa que Santiago ignoraba. Al final, él dijo que le gustaría ir a ver de nuevo a alguien, pero « *para hablar de todo*», y el Señor Secante dijo que a él le gustaría volver con el mismo psiquiatra.

Santiago les escuchó sin interrumpirles contrariamente a lo que acostumbraba.

Cuando me levanté para despedirme, su padre me dijo: « *voy a llamar por teléfono al tribunal para saber en qué está el asunto penal de Santiago, porque es importante.* »

El Señor Secante no se ocupa nunca en general de los problemas de Santiago con la justicia, ya que, por haber sufrido también condenas, no se había sentido nunca autorizado a intervenir.

En el lugar en el que se habría podido esperar la expresión de una especie de confesión por parte suya, me permitieron este acto de palabra, pues la parte de verdad que contenía solo se dirigía a ellos, no le hubiera podido decir lo mismo aun amigo. El enunciado, a la letra, no es « verídico » : no soy alcohólica, aunque ocurre que beba. Y sin embargo, Lacan tiene razón cuando dice que « *la mentira es atravesada de parte a parte por la verdad*», la cuestión de la dependencia forma parte de mí, y los intentos, logrados o fallidos, de ponerle fin, forman parte de mi vida.

Al romperse la idealización de Santiago respecto de mí, sus padres pudieron restaurar su lugar, permitirle volver al suyo, y que cada uno tomase la palabra en

nombre propio.

Así, entre los tiempos en que tomaba la palabra en lugar de los pacientes del hospital, y aquel en que esperaba que el otro, el psicólogo, me dijese lo cierto, aprendí que nadie le podía dar su verdad a otro. Pero que se podía encontrar en la voz de un hombre dormido, en la muesca de una plancha de corcho, en los cuentos incluso en las mentiras, a condición de renunciar al placer de ser aquella ante quien los demás se confiesan, contentándose con estar ahí, con su propia desnudez cuando aparece; para sí, en el campo del amor como al borde de la muerte, y para el otro, cuando arriesga su palabra al borde del amor.

En Valsaín (Segovia), 20 de agosto de 2021